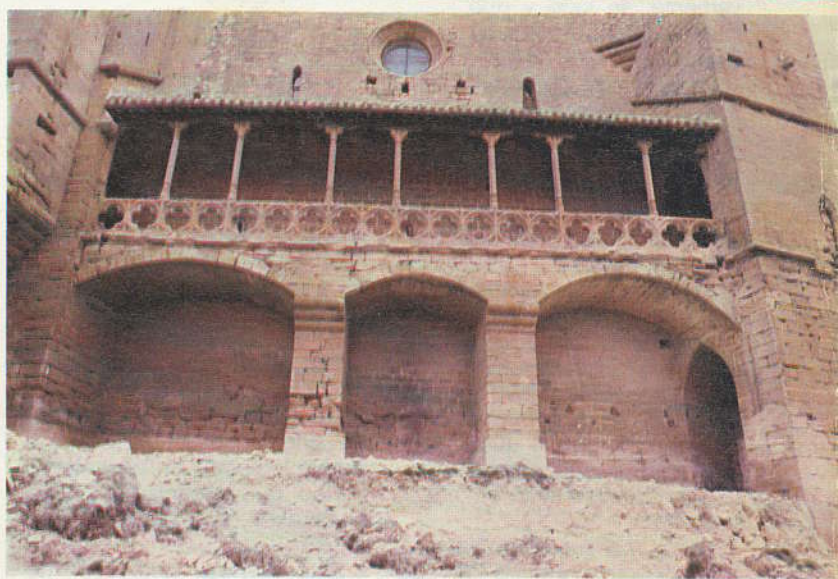
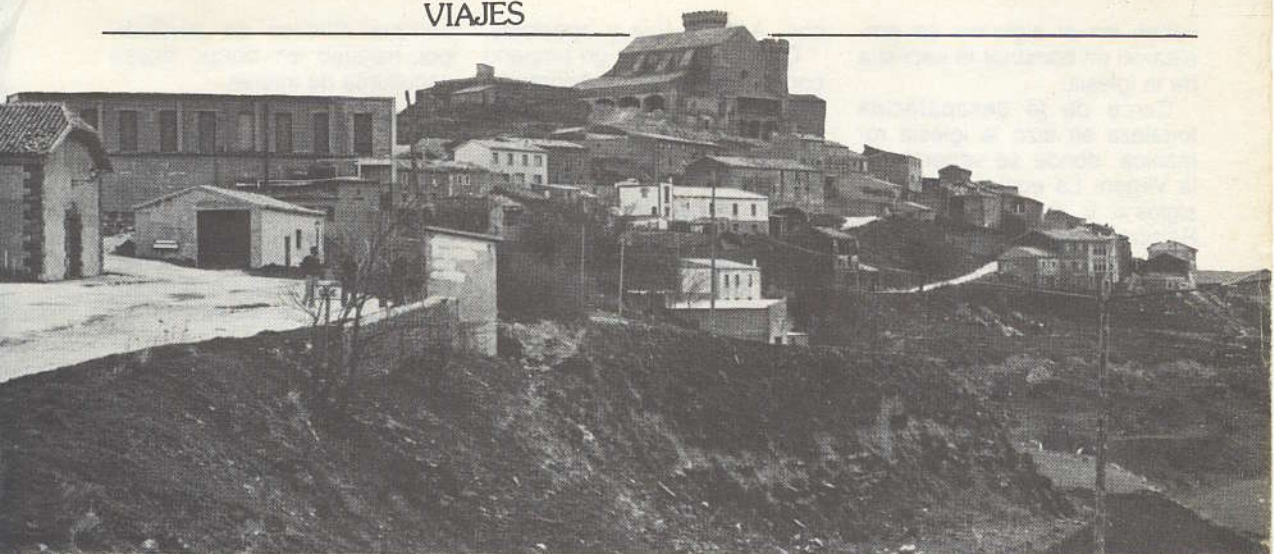




*Portada sur de la iglesia (izquierda).
Uno de los accesos al templo (arriba).
Aspecto de la iglesia-fortaleza (arriba,
derecha). El mirador (derecha, centro).
Santa Maria de Ujué (abajo). La meso-
nera de Ujué ante su chimenea (abajo,
derecha)*





Ujué, coronado por su iglesia-fortaleza

Ujué

A BANDONE la autopista de Soria a Pamplona y coja la carretera general antes de Olite. Nadie le pondrá falta si en esta ciudad se queda, seducido por la magia de su castillo de cuento de hadas, que fue de los reyes de Navarra.

Mas como tenemos otros propósitos, frente a la gran puerta de acceso al castillo tomamos la carretera hacia San Martín de Unx. La ruta se quiebra, los cultivos anuncian montaña. Dejamos el pueblo en dirección a Sangüesa y, al poco, hay una desviación a Ujué.

Son siete kilómetros de áspera carretera y bravo paisaje, apto para ovejas. Las vides se retuercen y combate por la vida el cereal. Al fin, se divisa el pueblo coronado por algo que, de lejos, no se sabe muy bien si es iglesia o fortaleza.

Lo cierto es que esperamos ver el santuario de la Virgen, Santa María de Ujué, pero sólo divisamos una gran torre almenada. Ambigüedad que cuadra perfectamente con la historia y la naturaleza de esta villa. Retorcidas callejuelas medievales desembocan en la pequeña plaza donde se halla el santuario-fortaleza. Recorriendo esas empedradas calles flanquea-

das por puertas y ventanas cuadradas u ojivales y enmarcadas en piedras centenarias, el viajero se siente transportado al medievo.

La sensación se refuerza por la escasa presencia de gente en las calles, por los pasajes sombríos, por los corredores que enlazan casas enfrentadas. Y hay que reparar en faroles y cañerías para despertar del ensueño.

La leyenda

Una de las diversas tradiciones que hablan de la Virgen

Una calle de Ujué



de Ujué dice que un pastor, que cuidaba su rebaño por aquellos parajes, se sintió atraído por los vuelos de una paloma que repetidamente se introducía en un agujero.

El pastor trepó hasta el lugar y encontró allí una imagen de Santa María. Divulgado el hallazgo, acudieron las gentes vecinas y levantaron una pequeña capilla.

Después, acabaron poblando el sitio. Y es, indudablemente, milagroso que alguien decidiera asentarse en estas tierras pobres, frías y apartadas de las vías de comunicación.

La fecha de aparición de la imagen es controvertida. Eligieron, por darle una, el año 886. Pero la imagen venerada es talla de madera del siglo XII, obra cumbre de la imaginería románica navarra, chapada en plata en el siglo XIV.

Según otra explicación, más aceptable, el lugar servía de atalaya militar para conocer las incursiones aragonesas o de los musulmanes de la ribera del Ebro.

Efectivamente, en la cima de la loma sobre la que se levanta el pueblo, hubo un castillo del que sólo quedan los cimientos, ya que los restos que conser-

vaban en el siglo xvii se emplearon en construir la sacristía de la iglesia.

Cerca de la desaparecida fortaleza se alzó la iglesia románica, donde se veneraba a la Virgen. La edificó, entre los siglos xi y xii, el rey Sancho Ramírez, agradecido por el apoyo de Ujué en la guerra que libró contra Alfonso VI de Castilla por el trono de Navarra.

De aquel templo sólo subsisten el triple ábside y la cabecera de tres naves en la que la central es ligeramente mayor que las laterales.

La iglesia

Ya en el siglo xiv, Carlos II *El malo*, devoto de Santa María de Ujué, demolió parte de la iglesia y construyó una gran nave gótica, unida a la parte románica, y erigió la fortaleza para mejor defensa del palacio real de Olite.

Ya sea por los problemas económicos que padeció entonces Navarra a causa de sus guerras en Francia, ya sea por otros motivos, el caso es que la nave quedó sin terminar.

Se observa claramente esta circunstancia en los arranques de las nervaduras de un cruceiro que jamás se construyó, lo que supuso la supervivencia de la parte románica.

Dos altas torres con almenas y matacanes sirven de centinelas a la iglesia y a las dependencias anejas edificadas por Carlos II: el hospital y la residencia regia.

Esta es hoy casa parroquial y el hospital se sumerge entre escombros y andamios que levantan las ambiciosas obras de restauración que actualmente están en marcha.

La puerta sur, a la que se accede desde la plaza, es gótica y abocinada. Su apuntamiento se acentúa por las marcadas arquivoltas que se apoyan en columnillas sin capiteles. Estos han sido reemplazados por un hermoso friso con escenas de vendimia, de la vida de la Virgen, ángeles, músic-

cos, Adán y Eva y apóstoles.

Corona la puerta un tímpano con dos escenas: la Adoración de los Magos y la Última Cena. El conjunto denota una fuerte influencia del gótico francés.

Desde la puerta, a través de un corredor similar al de los caminos de ronda de las fortalezas medievales, se llega al mirador, con un antepecho formado por rosetones calados de bello efecto.

Dejando atrás seguidamente algunos capiteles de buena factura, entramos en un pasillo ojival con arcos de adornos lanceolados, que conduce a la puerta norte.

Esta puerta se cobija bajo un voladizo que forma un pórtico. Es menos rica que la anterior y

aunque difíciles de apreciar, por hallarse en obras, posee esculturas de interés.

Y para rematar la mañana que requiere esta visita —no menos de tres horas—, pásese por el mesón contiguo al conjunto iglesia-fortaleza. Le atenderá Juli Valencia, que prepara las mejores migas del mundo y asa chuletas de cordero sobre brasas de sarmiento en una gran chimenea.

También son recomendables la longaniza, la chistorra y los huevos de su corral fritos con jamón, todo ello regado con recio vino de la tierra. Y, de pos tre, cuajada hecha en casa.

David Solar
(Texto y fotos)

